



(auto) reflexión

Silvia Attwood

Han pasado varios años desde aquel 28 de octubre de 2013 cuando salí rumbo a la Costanera “a las 9.30, con algunas prenociiones en el bolsillo, para tirarlas lo más rápido que pueda” (Nota de campo de Attwood, 28 de octubre de 2013). Allí me fui a experimentar, construir anotaciones, recuperar datos que serían insumo para el análisis, una forma del reparto de lo sensible:

Ese sistema de evidencias sensibles que al mismo tiempo hace visible la existencia de un común y los recortes que allí definen los lugares y las partes respectivas. Un reparto de lo sensible [...] que determina la manera misma en que un común se ofrece a la participación y donde los unos y los otros tienen parte en este reparto (Rancière, 2014, p. 9).

Ahora es 2024. Releo el texto con curiosidad y también con ojos nuevos. Advierto que el olvido sobre su contenido, por los años que pasaron, me sitúa momentáneamente como lectora, como si nunca lo hubiera escrito. Y mientras leo y esa forma del olvido perdura, advierto que el pensamiento no me hace trampas para manipularme el intelecto y los sentidos. El ejercicio reflexivo de esta lectura con mirada sin estrenar opera en tanto liberar a la mente del encierro (Augé, 1998). También, gracias al olvido tomo distancia de mi autojuicio punitivo, típico de quienes fuimos sobreadaptados y sobreexigidos en etapas tempranas de la vida. Entonces me surge la ternura sobre la alumna que fui y que, pudiendo callar, ha escrito. Me identifico con el texto, una se encuentra en los sintagmas, en la memoria episódica activa, línea tras línea, mientras recorro la cadena de sentidos.

En el bosque narrativo y sobre todo en el paratextual, en lo que no se narra, pero que ciertamente está, emergen los rostros de las docentes de los prácticos y en especial la de Miriam Abate Daga, profesora adjunta a cargo de la cátedra Antropología en Contextos Urbanos. Nutricias, me/nos brindaron la primera extimidad, la herramienta para hoyar en el intersticio de “ir al campo”. Nos hicieron conocer el utillaje explorador entre el Yo y los Otros, el espacio y el barrio, la ciudad y el habitar(la). Clifford

Geertz (1989) le puso nombre y las docentes nos abrieron la puerta del “estar allí”.

Navego con el imaginario y re-descubro dos paisajes: aquel del 2013 y éste, cercano, más vívido, en pleno 2024. Y las continuidades. Y las rupturas. Y.

Capitalinas tuvo su final de obra en 2020 y sigue tan firme en su *locus* como algunas botellas plásticas y bolsas de nylon desparramadas por la grama de la Costanera. Sobre la Santa Fe al 600, Las Torres del Río (I y II) de la empresa Regam Pilay gozan de la misma salud que Capitalinas. Los vecinos de Alberdi y los trabajadores de la ex Cervecería perdieron la batalla en 2010 cuando demolieron la chimenea de dicha fábrica. A partir de allí operó la lucha por evitar el olvido con compensación emotiva por parte del (E)stado municipal. Una réplica más pequeña de la chimenea hace de mojón y memoria, pero no suple la sensación de “miembro fantasma”, ese dolor que atormenta al cuerpo a pesar de que el miembro -un brazo, una pierna- ya no está. En 2024, por la voluntad de justicia y la necesidad del gesto reparador, todavía muchos vecinos y vecinas de Alberdi y Villa Páez escarban como arqueólogos retentivos, para recuperar y preservar los restos de la fábrica. Actualmente, en el Museo de la Cervecería Córdoba, se religa el lazo entre el olvido y el recuerdo. “La memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte” (Augé, 1998, p. 9).

Vuelvo por la zona del puente. Los estenciles del túnel han sido repintados, y las palomas aquellas dieron sus proles, tantas y tan parecidas que dan la sensación de que son las mismas del 2013. Los domingos, la feria de comida peruana nos invita a saborear inmensos mundos que caben en la boca y en la gula. El Suquía aún se presenta en oposición: en parte domesticado, en parte salvaje.

La ciudad ha cambiado. La costanera ha cambiado. Y no. En 2023 me titulé de Licenciada en Antropología. También yo he cambiado. Y no.

El país ha cambiado. Y sí.

Las algas, clorofila en garra, siguen prendidas como vampiras vegetales en el cemento que acanala el río; resisten 24/7 la correntada. Las elijo, las traigo desde el pasado al presente porque hoy soy un poco eso: alga en pie de guerra, antropóloga escriturienta observando la ciudad, huella buscado la huella de la huella, bicho feo que pía su nombre, pez color aguja,

integrante de un equipo de investigadores e investigadoras en preñez de proyectos en el CIFYH de la UNC.

Cierro esta reflexión.

Pero mi cierre es sólo una excusa para que el punto ¿final? cumpla su función y no se me angustie.

Referencias

Augé, Marc (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.

Geertz, Clifford (1989). *El antropólogo como autor*. México: Paidós Estudio.

Rancière, Jacques (2014). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Buenos Aires: Prometeo.